



Hombre ni mujer no dejaba David con vida, ni los traía á Geth, diciendo: «No sea que hablen contra nosotros.» Esto hizo David y esta fué su costumbre todo el tiempo que moró en el país de los filisteos. Y Aquis se fiaba de David, diciendo: «Muchos males ha hecho contra su pueblo de Israel; pero estará siempre á mi servicio (1).»

En esta conducta de David quizás se halla algo de reprehensible. Sin embargo, no lo es tanto como á primera vista parece. Cuando dijo al rey de Geth que habia recorrido el Mediodía de la Judea y por el Mediodía de Ceni, tenia razon, pues de aquel lado era donde estaban los amalecitas, los gercitas y los gesurios, sobre cuyos pueblos él hacia sus correrías. Estos pue-

(1) 1 Reg., 27, 8-12.

blos no eran filisteos, sino de aquellas razas sobre quienes recayó el anatema (1).

Ellos tambien hacian incursiones, bien sobre las tierras de los filisteos, ó bien sobre las de los hebreos. Exterminándoles, hacia David un gran servicio á Saul, que le habia obligado á expatriarse, y tambien á Aquis, que le daba un asilo. Su única falta seria, pues, el haber dejado á este último hacer correrías por el territorio de Israel. Pero si se piensa bien en la posicion difícil en que él se encontraba, refugiado como estaba con el enemigo natural de su patria, no queriendo hacer traicion ni á la hospitalidad de aquel, ni faltar tampoco, en su amor por esta, un ligero disimulo, por servir á uno y á otra, parece que debiera ser perdonado.

(1) Josué, 12, 5.

CAPÍTULO XVII

Irrupcion de los filisteos.—Saul consulta á una pythonisa y recibe su sentencia de muerte.—La inmortalidad del alma entre los judios.—Los filisteos vuelven á enviar á David, que castiga á los amalecitas destructores de su ciudad.—Su dulzura.—Continúa recibiendo nuevos refuerzos.—Derrota de los israelitas.—Muerte de Saul y de sus hijos.—Los habitantes de Jabes Gallaad recobran de los filisteos el cuerpo de Saul.—David llora la muerte de Saul; castiga al amalecita que se alaba de haber matado á Saul, y se dirige á Hebron.

Reunidos los filisteos, vinieron á acampar á Sunam, en la tribu de Isacar. Saul juntó sus tropas y vino á Gelboe, monte situado al Mediodía de Sunam; pero cuando vió en él al ejército de los filisteos, tuvo miedo y su corazon se turbó en extremo. Y consultó al Eterno; pero el Eterno no le respondió, ni por sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas. Samuel no vivia ya, para poder acudir como intermediario: todo Israel le lloró.

Por último, y probablemente, segun el consejo del hombre de Dios, Saul habia exterminado á los magos y adivinos de su reino. En este extremo, este desgraciado príncipe, entrando en una especie de desesperacion, dijo á sus oficiales: «Buscadme una mujer que tenga el espíritu de Python, y yo iré á ella y la preguntaré.» Contestáronle sus siervos: «Hay en Endor una mujer que tiene el espíritu de Python.» Disfrazóse, pues, Saul, y cubriéndose con otros vestidos, se marchó con dos hombres que iban acompañándole, y llegaron de noche á la casa de aquella mujer. Y él la dijo: «Adiviname por

el Python, y hazme aparecer á quien yo te dijere.» Y la mujer le dijo: «Sabes bien todo lo que ha hecho Saul, y cómo ha desarraigado de la tierra los magos y adivinos; ¿por qué, pues, armas lazos á mi alma, para que me quiten la vida?» Y juróla Saul por el Señor, diciendo: «Vive el Señor, que no te vendrá por esto ningun mal.» Y díjole la mujer: «¿Quién debo hacer que te se aparezca?» El cual respondió: «Haz que se me aparezca Samuel.» Y luego que la mujer vió á Samuel, dió un gran grito, y dijo á Saul: «¿Por qué me has engañado? Pues tú eres Saul.» Y el rey la dijo: «No temas, ¿qué has visto?» Y dijo la mujer á Saul: «He visto dioses que suben de la tierra.» Y díjola: «¿Cuál es su figura?» Ella respondió: «Ha subido un hombre viejo, y está cubierto con un manto.» Y entendió Saul que era Samuel, y se inclinó con su rostro hasta la tierra, y le hizo una profunda reverencia.

Mas Samuel dijo á Saul: «¿Por qué me has inquietado haciéndome aparecer?» Y respondió Saul: «Me veo muy apurado, porque los filisteos pelean contra mí, y Dios se ha retirado de mí y no me ha querido oír, ni por mano de profetas, ni por sueños; por esto te he llamado, para que me declares lo que he de hacer.» Y dijo Samuel: «¿Para qué me preguntas, habiéndose retirado de tí el Señor, y pasádo-se á tu rival? Porque el Señor te tratará como te habló por mi boca, y cortará tu reino de tu mano y le dará á tu prójimo David, por cuan-



to no obedeciste á la voz del Señor, ni quisiste cumplir la ira de su furor contra Amalec. Por esta causa te ha hecho hoy el Señor lo que padeces. Y el Señor entregará contigo también á Israel en manos de los filisteos; mañana tú y tus hijos seréis conmigo, y el Señor pondrá también el campamento de Israel en manos de los filisteos.» Y Saul cayó tendido en tierra, porque quedó asombrado de las palabras de Samuel, y estaba sin fuerzas por no haber comido en todo aquel día.

Mas aquella mujer entró adonde estaba Saul (que se hallaba turbado en gran manera), y le dijo: «Hé aquí que tú sierva ha obedecido á tu voz, y he puesto mi alma en peligro, y he oído las palabras que me has dicho. Ahora pues, oye tú también la voz de tu sierva, y te pondré delante un bocado de pan para que, comiéndolo, te recobres y puedas andar tu camino.» Saul lo rehusó y dijo: «No comeré.» Mas sus criados y la mujer le obligaron á ello, y cediendo, por último, á sus instancias, levantóse de la tierra y se sentó sobre una cama. Y la mujer tenía en su casa un ternero grueso, y fué corriendo y le mató; y tomando harina, la amasó y coció panes sin levadura. Y lo puso delante de Saul y de sus criados, los cuales, luego que hubieron comido, se levantaron y caminaron toda aquella noche (1).

El estado de Saul inspira á la vez terror y compasión. Este desgraciado príncipe no es bastante bueno para que se le ame, ni suficientemente malo para que se le odie; pero al verle en este abandono, consultando á Samuel, aun después de muerto, y no recibiendo de él más que respuestas de muerte, y al observar en él una espantosa inacción, ¿cómo no compadecerle? Aquella supersticiosa costumbre de consultar á los muertos, y que observamos aquí en Saul, á pesar de la severidad de las leyes, corriendo en secreto por el pueblo, nos da una prueba incontestable de la creencia universal y vulgar de la existencia de otro mundo en que los muertos viven.

En cuanto á la aparición de Samuel, la interpretación más generalmente recibida y más

(1) 1 Reg., 28, 1-25.

conforme con el texto sagrado, es que Samuel se apareció realmente á Saul, no por efecto de la evocación mágica, y sea de ello una prueba el terror que se apoderó de la pitonisa y sus lágrimas, sino un efecto de la voluntad de Dios, que quiso prevenir con una aparición y una respuesta verdaderas los prestigios del espíritu de las tinieblas, como en otro tiempo previno las maldiciones que deseaba proferir Balaan, obligándole á pronunciar en cambio sus bendiciones. El testimonio de un autor inspirado, Jesús, hijo de Sirac, no deja duda alguna sobre este punto, pues él cuenta entre las alabanzas de Samuel, que después de haberse dormido, profetizó é hizo conocer al rey su fin; que levantó la voz desde lo profundo de la tierra para profetizar la desgracia con que iba á ser castigada la impiedad del pueblo (1).

Y los filisteos juntaron todos sus escuadrones en Afec, é Israel acompañó también junto á la fuente que había en Jezrahel. Y los sátrapas de los filisteos marchaban con sus compañías de á ciento y de á mil hombres; mas David y los suyos iban en la retaguardia con Aquis. Y dijeron á Aquis los príncipes de los filisteos: «¿Qué hacen aquí estos hebreos?» Y respondió Aquis á los príncipes de los filisteos: «Pues qué, ¿no conocéis á David, que sirvió á Saul rey de Israel, y que há muchos días ó años que está conmigo, y nunca hallé cosa en él desde el día en que se pasó á mí hasta hoy?»

Mas los príncipes de los filisteos se airaron contra él y le dijeron: «Vuélvase atrás ese hombre, y estése allá en el lugar que le has señalado, y no venga con nosotros, luego que empezaremos el combate; pues ¿de qué otro modo podrá aplacar á su señor sino con nuestras cabezas? ¿No es este aquel David, de quien cantaban en las danzas diciendo: Mató Saul á sus mil, y David á sus diez mil?» Llamó, pues, Aquis á David, y díjole: «Vive el Señor, que tú eres justo y bueno en mis ojos, y que has salido y entrado en mi campamento, sin que haya hallado en tí cosa alguna mala, desde el día en que te pasaste á mí hasta el presente; mas no eres del gusto de los sátrapas. Vuélvete, pues, y véte

(1) Ecles., 46, 23.



en paz, para que no des en ojos á los sátrapas de los filisteos.» Y dijo David á Aquis: «¿Pues qué he hecho yo, y qué has hallado en mí, tu siervo, desde el día en que me presenté delante de tí hasta este día, para que no vaya y pelee contra los enemigos del rey mi señor?» Y respondiendo Aquis, dijo á David: «Bien sé que tú eres bueno en mis ojos, como un ángel de Dios; mas los príncipes de los filisteos han dicho: No iré con vosotros á la batalla. Por tanto, levántate de mañana tú y los siervos de tu señor que vinieren contigo, y levantándoos todavía de noche, luego que comencare á amanecer, marchad.» Levantóse, pues, David con su gente todavía de noche, para partir por la mañana y volverse á tierra de los filisteos; y los filisteos subieron á Jezrahel (1).

No pudo venirle á David un contratiempo más á propósito. La Providencia sacaba así á David de la necesidad en que se encontraba, ó de combatir contra su pueblo, ó hacer traición á Aquis, que tenía con él toda su confianza; proporcionábale así también un medio de reparar un gran desastre que acababa de herirle á su entrada.

Y como David y los suyos hubiesen llegado á Siceleg al tercer día, los amalecitas habían hecho una irrupción por la parte del Mediodía hasta Siceleg, y habían tomado á este punto y le habían incendiado. Y se habían llevado de allí cautivas las mujeres, desde el menor hasta el mayor; mas no mataron á ninguno, sino que se los llevaron consigo, y se iban por su camino. Luego, pues, que David y los suyos llegaron á la ciudad y la hallaron quemada, y que sus mujeres, y sus hijos é hijas habían sido llevadas cautivas, alzaron sus voces David y la gente que con él estaba, y lloraron hasta que llegaron á faltarles las lágrimas. Pues también se habían llevado cautivas las dos mujeres de David, Aquinoam de Jezrahel y Abigaíl, viuda de Nabal del Carmelo. Y contristóse David en gran manera, pues el pueblo le quería apedrear, porque el alma de cada uno estaba amarga por causa de sus hijos é hijas; mas David se con-

(1) 1 Reg., 29, 1-11.

fortó en el Señor su Dios. Y dijo á Abiathar el sacerdote, hijo de Aquimelec: «Acércame el ephod.» Y Abiathar acercó el ephod á David. Y consultó David al Señor, diciendo: «¿Perseguiré á estos ladronzuelos y los alcanzaré, ó no?» Y le respondió el Señor: «Persíguelos, que sin duda los alcanzarás y les quitarás la presa.» Partió, pues, David, él y los seiscientos hombres que con él estaban, y llegaron hasta el torrente de Besor; y algunos de ellos se quedaron cansados. Mas David siguió adelante con cuatrocientos hombres, porque se habían quedado doscientos, que cansados no habían podido pasar el torrente de Besor. Y hallaron en el camino un hombre egipcio y le llevaron á David; y le dieron á comer pan y á beber agua, y un pedazo de pan de higos secos, y dos atados de uvas pasas. El cual, luego que comió, tomó aliento y se recobró, porque en tres días y tres noches no había comido pan, ni bebido agua.

David entonces le dijo: «¿De quién eres tú y dedónde y adónde vas?» Él respondió: «Yo soy un joven egipcio, esclavo de un amalecita; mas mi señor me dejó abandonado por haber comenzado á enfermar tres días há. Porque nosotros hicimos una irrupción por la parte meridional de Cerethi (ó de los Filisteos, por otro nombre), y hácia Judá y al Mediodía de Caleb, y pusimos fuego á Siceleg.» Y díjole David: «¿Me podrás llevar adonde está ese batallón?» Él respondió: «Júrame por Dios que no me matarás, ni me pondrás en mano de mi señor, y yo te llevaré adonde está ese batallón.» Y David se lo juró. Y habiéndole guiado, vénlos que estaban recostados en tierra por todo el campo, comiendo y bebiendo, y como celebrando un día de fiesta por razón de toda la presa y despojos que habían tomado en la tierra de los filisteos y en la tierra de Judá. Y David hiriólos desde aquella tarde hasta la tarde del día siguiente, y no escapó ninguno de ellos, sino solo cuatrocientos jóvenes que montaron en sus camellos y huyeron. De este modo recobró David todo lo que le habían llevado los amalecitas y libró á sus dos mujeres. Y no halló cosa chica ni grande, así de los hijos como de las hijas y de los despojos, y David se volvió á traer to-



do lo que ellos habían arrebatado. Y tomó todos los rebaños y ganados mayores, y los hizo andar delante de sí; y dijeron: «Esta es la presa de David.» Llegó, pues, David adonde estaban los doscientos hombres, que cansados se habían quedado y no habían podido seguir á David, á los que había mandado que se estuviesen en el torrente de Besor, los cuales salieron á recibir á David y á la gente que venía con él. Y acercándose David á ellos, saludóles en paz. Y todos los hombres pésimos y perversos de entre aquellos que habían ido con David, dijeron: «Por cuanto no vinieron con nosotros, no les daremos cosa alguna de la presa que hemos recobrado; mas bástele á cada uno que se le vuelva su mujer é hijos; y recibid éstos, váyanse.» Mas David les dijo: «No lo hareis así, hermanos míos, de lo que el Señor nos ha dado, ya que él nos ha guardado y puesto en nuestras manos aquellos ladronzuelos que se echaron sobre nosotros. ¿Y quién os oirá esta palabra? Porque igual porción tendrá el que va á la pelea que el que se queda con el bagaje, y repartirán igualmente.» Y esto se hizo desde aquel día, y en adelante se asentó y estableció, y fué como una ley en Israel hasta el día de hoy.

Bien elocuente es aquí la prudencia de David y su bondad para con los soldados. No reprende á los que se habían quedado atrás por falta de reposo é imposibilitados de seguir la marcha, y les habla amigablemente, como para consolarles de que no hayan podido tomar parte en la victoria; quiere que al menos tengan una parte igual en el botín, porque habían guardado los bagajes; sabe dar al cansancio un giro honroso de utilidad comun. Se concibe que los soldados amaran á tal jefe.

Vino, pues, David á Siceleg, y envió dones de la presa á los ancianos de Judá, sus más cercanos, diciendo: «Recibid esta bendición del despojo de los enemigos del Señor.» A los que estaban en Bethel y en Ramath, hacía el Mediodía, en Jether, en Aroer, en Sefamoth, en Esthano, en Racal, y en las ciudades de Jera-meel, de Ceni, de Arama, y á los del lago de Asor, de Athac, y de Hebron, y á los otros que estaban en aquellos lugares, donde el

mismo David había morado con los suyos (1).

De esta suerte las tropas de David, no sólo no perjudicaban al país donde hacían mansion, sino que le defendían de las incursiones que solían hacer los salteadores, segun hemos visto por los pastores de Nabal; y el jefe partía con los ancianos el botín hecho al enemigo. Nada más á propósito para captarse el cariño y amor de todos en general. En los últimos tiempos le fueron llegando nuevos refuerzos, hasta el punto que su campo se hizo grandioso como el campo del Señor, segun la expresion de la Escritura (2).

Los asuntos de Saul, en cambio, seguían un curso muy diferente. Habiéndose librado batalla entre filisteos é israelitas, estos sufrieron un fuerte descalabro, perdiendo un considerable número de sus tropas en la montaña de Gelboé. Los filisteos cayeron sobre Saul y sus hijos, pereciendo Jonathás, Abinadab y Melquisua, hijos de Saul, y todo el peso del combate cargó sobre este. Los arqueros llegaron á darle alcance, hiriéndole gravemente. Saul dijo entonces á su escudero: «Desénavina tu espada y mátame, para que los incircuncisos no vengán y me maten, haciendo escarnio de mí.» Mas el escudero no quiso hacerlo, porque estaba sobrecogido de un excesivo terror. Y así, tomó Saul su espada y dejóse caer sobre ella; lo cual, visto por su escudero, es á saber, que Saul era muerto, él también se dejó caer sobre su espada y murió con él. Murió, pues, en aquel día Saul y tres hijos suyos y su escudero, y juntamente todos sus varones (3).

La Escritura añade estas terribles palabras: «Así murió Saul, en su prevaricacion contra el Eterno, por no haber obedecido sus órdenes y por haber consultado á la Pithonisa, con desprecio de Jehová; por esto le hizo perecer, y por esto pasó su reino á David, hijo de Isai (4). ¡Desgraciado fin de un monarca que tan bien había comenzado su reinado! Mas viendo los hombres de Israel que estaban de la otra parte

(1) 1 Reg., 30, 1-31.

(2) Paralipomenos, 12, 22.

(3) 1 Reg., 31, 1-6. 1 Paral., 10, 1-6.

(4) Ibid., 10, 13 y 14.



del valle y del Jordan que los israelitas habían huido, y que era muerto Saul, sus hijos abandonaron sus ciudades y huyeron, y los filisteos vinieron y habitaron en ellas. Y al otro día vinieron los filisteos á despojar los muertos, y hallaron á Saul y á sus tres hijos tendidos sobre el monte de Gelboe. Y cortaron la cabeza á Saul y lo despojaron de sus armas; y enviaron por todo el país de los filisteos al contorno, para que se publicara la noticia en el templo de los ídolos y en los pueblos. Y pusieron las armas de él en el templo de Astaroth y colgaron su cuerpo en el muro de Bethsan. Mas los moradores de Jabés de Galaad, luego que oyeron lo que los filisteos habían hecho con Saul, se levantaron todos los más alentados entre ellos y caminaron toda la noche, y quitaron el cadáver de Saul y los cadáveres de sus hijos del muro de Bethsan; y volvieron á Jabés de Galaad, y quemáronlos allí. Y tomaron sus huesos y los enterraron en el bosque de Jabés, y ayunaron siete días (1).

Y aconteció despues que murió Saul, que vuelto David de la derrota de los amalecitas, estuvo dos días en Siceleg. Y el día tercero compareció un hombre que venía del campamento de Saul con el vestido rasgado y cubierta de polvo la cabeza; y luego que llegó á David, postróse sobre su rostro y le adoró. Y díjole David: «¿De dónde vienes?» Y él le respondió: «Héme escapado del campamento de Israel.» Y David le preguntó: «¿Qué cosa es la que ha sucedido? Dímel.» El respondió: «El pueblo huyó de la batalla, y muchos del pueblo cayeron y murieron, y también Saul y Jonathás, su hijo, han perecido.» Y dijo David al jóven que le traía esta nueva: «¿De dónde sabes que ha muerto Saul y Jonathás su hijo?» Y respondió el jóven que le daba la nueva: «Casualmente vine al monte de Gelboe, y Saul estaba echado sobre su lanza, y los carros y la caballería se acercaban á él. Y volviéndose á mirar atrás y viéndome, me llamó. Y habiéndole respondido: Aquí estoy, me dijo: «¿Quién eres tú?» Y le respondí: «Yo soy amalecita.» Y él me dijo: «Ponte sobre mí y mátame, porque

me veo lleno de congostas, y está aún en mí toda mi alma.» Y poniéndome sobre él le maté, porque veía que no podría vivir despues de tal estrago; y tomé la diadema que tenía en su cabeza, y el brazaletes de su brazo, y te lo he traído acá, mi señor.» David entonces, asiendo de sus vestidos, los rasgó, y todos los hombres que estaban con él. Y plañeron y lloraron y ayunaron hasta la tarde por Saul y por Jonathás, su hijo, y por el pueblo del Señor, y por la casa de Israel, porque habían caído á cuchillo. Y dijo David al jóven que había traído la nueva: «¿De dónde eres tú?» El respondió: «Soy hijo de un hombre extranjero, amalecita.» Y le dijo David: «¿Cómo no temiste extender tu mano para matar al ungido del Señor?» Y llamando David á uno de sus soldados, le dijo: «Llégate y embístele.» Y él le hirió, y murió. Y le dijo David: «Tu sangre sea sobre tu cabeza, porque tu boca ha dado testimonio contra tí, diciendo: «Yo maté al ungido del Señor (1).»

Más arriba vemos que Saul fué herido gravemente por los arqueros, que se había arrojado sobre su espada, y por último, que había muerto, haciendo lo propio su escudero. El amalecita, por el contrario, nos le presenta aún con vida, apoyado en su lanza. Parece probable que pagando á David tributo este extranjero, creyera algún mérito atribuyéndose el haber dado muerte á su enemigo. De todos modos, y segun su propio testimonio, es lo cierto que extendió su mano en la persona sagrada de aquel á quien David había perdonado dos veces, y se quiso jactar de regicida, recibiendo por esto el condigno castigo.

David compuso por entonces, en honor de Saul y de Jonathás, esta lamentacion ó elegía:

«Considera ¡oh Israel! á los que heridos murieron sobre tus altos. Los ínclitos de Israel fueron muertos sobre tus montes. ¿Cómo cayeron los fuertes? No deis la nueva en Geth, ni lo publiquéis en las plazas de Ascalon, porque no se alegren los hijos de los filisteos, ni hagan fiesta las hijas de los incircuncisos. Montañas de Gelboe: ni rocío ni lluvia vengán sobre vosotros, ni haya campos de primicias, por-

(1) 1 Reg., 31, 7-13. 1 Paralipomenos, 10, 1-14.

(1) 2 Reg., 1, 1-16.